

# CARTA A LA IGLESIA CATÓLICA ESPAÑOLA DESDE DENTRO

por José M<sup>a</sup> Vegas

## *I. DE CIRIOS Y DE PALOS*

Creo que era Unamuno el que decía que «los españoles siempre detrás de los cirios; o con cirios o con palos». Parece propio de nuestro carácter la desmesura. Por eso, o nos comemos a los santos, o nos comemos a los curas. Pasamos con una extraña facilidad de ser la «reserva espiritual de occidente», la «católica España», a quemar iglesias y perseguir clérigos. Pero hoy las cosas han cambiado bastante. Ni cirios ni palos. O, mejor, cirios y palos simultáneamente. Bien es cierto que ni los cirios arden tanto, ni los palos son tan duros como antes. Vivimos, digámoslo una vez más, en una sociedad pluralista donde las diversas opciones, incluida la religiosa, parecen poder encontrar acomodo sin demasiado desgarro.

No hay hoy en España ni persecución abierta ni nacionalcatolicismo. ¿Cómo y dónde te encuentras, Iglesia católica española, en esta España por fin europea, democrática, pluralista, que vive ahora en la resaca del 92 y encara con optimismo oficial y con incertidumbre real el siglo XXI?

Te escribo unas líneas sin pretensiones y desde dentro. Mis líneas no tienen la distancia que otorga objetividad, pero sí el cariño y la pertenencia que permite ver mejor algunas cosas —luminosas y sombrías.

¿Cómo describir los palos que te afligen y los cirios que te siguen en esta España de fin de siglo?

Los palos son las tensiones evidentes que tienes con el poder, por más que se lleven con buenas maneras. Existen muchos puntos de desencuentro: en la educación, en la defensa de la vida, en la forma de entender el progreso y la prosperidad, en definitiva, en la escala de valores y en el modelo de hombre. También son palos tu difuso desprestigio social, aireado con frecuencia por muchos medios de comunicación social. Y de manera más genérica, el descenso evidente en tu influencia y presencia social, motivada por muchos factores, uno de los cuales es sencillamente que la sociedad actual es menos permeable y más refractaria a tu mensaje.

Pero también hay cirios. A pesar de todo, tu presencia social es muy fuerte. Tu implantación en el mundo de la educación sigue siendo uno de los más altos de Europa; también es fuerte en la sanidad; en el tejido social, a través de parroquias, Cáritas, otros grupos y asociaciones y algún medio de comunicación dotado de no poco poder.

Así están las cosas y posiblemente no pueda ser de otra manera. Tensiones tiene que haberlas, cuando son diversas las maneras de entender al hombre, a la sociedad

y a los valores que aspiran a regir a unos y otros. Al fin y al cabo, acuérdate de que también en la situación anterior, cuando aquello del nacionalcatolicismo, acabaste teniendo que sufrir muchas tensiones. Algunos se empeñan —con frecuencia desde los medios de comunicación social más sumisos al poder de hoy— en identificar sin más Iglesia y franquismo; olvidando demasiado aprisa el «caso Añoveros», el «Tarancón al paredón», el compromiso político y social de muchísimos cristianos de a pie (del que han salido no pocos de los actuales líderes políticos y sindicales) o los centenares o más de anulas a curas en tiempos en que las siglas del PSOE eran desconocidas (otros hacían la oposición política reumidos con frecuencia en sacristías); o los críticos documentos con el sistema político de los años 1971 (Asamblea Conjunta de Obispos y Sacerdotes, Ponencias I y II) y 1973 (Sobre la Iglesia y la Comunidad política). La real (y al principio en parte explicable) connivencia de la Iglesia con el franquismo no debe hacer olvidar estos datos que de ninguna forma fueron episódicos ni aislados.

No obstante, es posible que también en tu caso se cumpla el ingenioso dicho de que «contra Franco vivíamos mejor». Y no sólo por los privilegios con que en verdad contabas —y que, a la postre, no dejaban de ser servidumbres pesadas—, sino también porque, en lo que hubiera en ti de oposición y mentora de la libertad democrática, te movías en el sentido de la historia, lo que no dejaba de prestigiar un tanto. Ahora en cambio, la incomodidad es más de fondo, pues has de sobrevivir no sólo sin el amparo del paraguas oficial —lo cual es bueno—, sino en medio de una sociedad postreligiosa y postcristiana, que reacciona no con cirios ni con palos, sino con indiferencia y desdén.

## 2. UNA MIRADA HACIA ADENTRO

Intemperie cultural, presencia social y tensiones reales definen tu realidad «extramuros». Pero, ¿qué pasa dentro de casa? No cabe pensar que esa Iglesia presente y en tensión que eres se mueva además como un solo hombre. También por dentro hay tensiones y desgarros. El pluralismo social te habita por dentro porque, gracias a Dios, no eres impermeable al mundo en el que vives.

Tus tensiones internas y las distintas formas de entender la fe, el modo de presencia y anuncio, la relación con la cultura hodierna son fiel reflejo de los diversos grupos y tribus que se reparten el escenario social. Y no has de asustarte por ello, como si tuvieras el enemigo en casa. Porque tus fieles proceden de la sociedad de hoy, como en otros tiempos fueron judíos y gentiles, romanos, corintios, galatas y efesios, cada cual con su sensibilidad, su mentalidad y sus limitaciones, los que integraron tus primeras comunidades.

A vuelapluma y sin ánimo de ser exhaustivo, habitan en tu seno cristianos de izquierda (minoría), neoconservadores (grupos en ascenso y, en general, apoyados por la jerarquía), un difuso grupo (notable entre los jóvenes) impregnado de la sensibilidad postmoderna (religión a la carta, subjetivismo, búsqueda de «encontrarse bien» y poco compromiso), algunos fundamentalistas extremos (pocos), amén de una mayoría silente, que oscila entre unos y otros y participa de diversa forma de

jirones de todos'. Las relaciones entre estos grupos no son sencillas ni siempre fraternas. El espectáculo que dan (que damos) no se parece demasiado al utópico «mirad como se aman». Por otro lado, dadas sus diversas sensibilidades, su afecto a la Madre Iglesia varía no poco, en gran medida por motivos ideológicos (desconfianza sistemática de la Institución y defensa a ultranza de la misma polarizan los extremos).

También es verdad que tú misma, como madre, no tratas por igual a unos y otros y no dejas de mostrar tus preferencias y tus distancias. Se habla en nuestros días de «involución de la Iglesia». Más allá de los slogans malintencionados de quienes no te quieren bien, no puedes ocultar tu escaramiento a habor, tu predilección por «los seguros», por los menos dispuestos al diálogo con «los otros», tu interés algo excesivo por la disciplina y la fidelidad a Roma. Aunque todo ello no sea toda la verdad sino sólo parte del claroscuro que, como realidad humana e histórica, te acompaña siempre. Junto a ese escaramiento y esos miedos que vuelven después de las alegrías dialogantes del Vaticano II, es también verdad que se mueven en ti impulsos de recuperación de lo que nunca debió perderse: el acento en lo esencial, el orgullo de la identidad, el resurgir de la espiritualidad y del arranque misionero.

En ese claroscuro se debaten los peligros que te acechan y las tareas de siempre que de modo actualizado debes cumplir en la actual situación española.

## 3. PELIGROS Y TAREAS

Debo volver a insistir en que escribo sin pretensiones. No puedo pretender, en efecto, leerle la cartilla a nadie y menos a quien me ha dado lo más importante de mi identidad personal. Pero en un examen de la situación española no puede quedar fuera la realidad eclesial y a falta de sedudos estudios sociológicos (por ahí están para el que quiera lecturas más científicas) no está de más recurrir al tradicional y muy eclesial género epistolar, pese a la falta de autoridad y competencia de quien ha sido encargado de redactar estas líneas. Así pues, manos a la obra.

### 3.1. Peligros

— *Victimismo y catastrofismo.* El incomodo que se adivina en ti en la actual situación no se debe al sistema democrático ni a las libertades públicas. Quien esto afirma, me parece, o está niñope o hace una lectura torcida de los datos. Precisamente pertenece a la esencia de las libertades democráticas el poder hablar denunciando sin caer en la sospecha de defecto al sistema. Cuando la crítica de los males sociales y políticos se despacha con acusaciones de espíritu antidemocrático, hay que empezar a temblar, porque significa que el poder de turno, por mucha legi-

1 Cf. para una panorámica mucho más detallada J. M. MAZCOSA, *Postmodernidad y neoconservadurismo*. Estella, Verbo Divino, 1991.

timidad que haya obtenido en las urnas, comienza a confundir sus personas, sus aciertos y sus errores con el sistema mismo, poniendo así la primera piedra de la sociedad cerrada que ya denuncia Popper.

No. Quiero pensar más bien, que ese incomodo se debe a otras variables. Es el modelo cultural que se va imponiendo, que apuesta por el progreso económico y técnico («tecnológico» se dice ahora), por «Europa», pero olvida peligrosamente otras vertientes tanto o más importantes para ser felices y vivir con sentido: los valores exigentes, la libertad responsable, la capacidad de entrega, la fidelidad personal, la familia, el cuidado no arbitrario de la vida, valiosa y digna de respeto incluso cuando produce «angustia»... En este modelo cultural tus valores y tus propuestas van quedando marginadas y no encuentran fácil acomodo.

Estas denuncias, con ser reales, engendran dos primeros y genéricos peligros, el primero referido directamente a ti; el segundo, por el contrario, que mira a la sociedad misma: el peligro del victimismo y el peligro del catastrofismo.

Situarse en posición victimista es una mala estrategia y tiene el peligro añadido de la torsión hacia el propio ombligo. Dijo una vez un Secretario de la Conferencia Episcopal que los cristianos están en España peor que en Cuba. He ahí un acceso victimista. Hay que aceptar con dignidad y sin perder la calma que se te ataque incluso más allá de lo razonable. Es algo que había previsto con perspicacia tu fundador (cf. Jn 16,33). Y, desde luego, los ataques que puedas padecer hoy en día son saeves con los que se dieron antaño (y me refiero sólo a los dialécticos), en el siglo XIX sin ir tan lejos.

El catastrofismo es una tentación muy vieja a la que todos, sin distinción, estamos expuestos. Es la otra cara de la moneda del manriqueísmo «cualquier tiempo pasado fue peor», es decir, «cualquier tiempo presente es peor». Eso de «en estos tiempos calamitosos en que nos ha tocado vivir...» se ha dicho en todo tiempo y pertenece, dice Kolakowski, al núcleo resistente de los tópicos mitológicos'. Por eso sí, que te pretendes maestra de humanidad, has de poner ante la crisis innegable una gota de serenidad y saber discernir pacientemente el trigo y la cizaña. Denunciar los males, salvar todo lo bueno, ofrecer esperanza. Pero, sobre todo, que tus denuncias no sean sombrías, sino que vayan enmarcadas en el optimismo de la buena noticia. Pero estoy adelantando tareas. Sigamos con los peligros.

— *Cerrazón, repliegue y neoconservadurismo.* Un peligro con perfiles más concretos y definidos es el de la cerrazón y el repliegue. Es cierto que los diálogos, las aperturas y las búsquedas postvaticanas tuvieron un alto precio y estuvieron teñidas de una ingenuidad excesiva. Pero el precio se pagó, posiblemente, no tanto por la apertura misma, sino porque ésta vino demasiado tarde y fue, en consecuen-

cia, apresurada: se dispararon tendencias y fuerzas demasiado tiempo reprimidas. Siguiendo la dialéctica que señala Moltmann en *El Dios crucificado*<sup>4</sup>, el acento de la relevancia difuminó un tanto la identidad. Pero el peligro ahora es que la voluntad excesiva de acentuar la identidad (aunque la verdadera identidad nunca se acentúa en exceso) nos haga perder relevancia. Es el peligro de la vuelta al monolitismo, que pone en primer plano lo disciplinar sobre el espíritu; que cierra los ojos al pluralismo interno (o, por decirlo con Juan Pablo II, en expresión afortunada, la pluriformidad), privilegiando ciertas formas de vida cristiana y de presencia consideradas «seguras»; sencillamente negando la existencia oficial de problemas candentes, que surgen ante una sensibilidad nueva y que pueden portar en sí una savia nueva (por ejemplo, plantear en serio, evangélicamente, el papel de la mujer en la Iglesia); restaurando la actitud de desconfianza sistemática hacia los otros que, exiliados del bautismo, viven bajo la tiranía del pecado original y, por tanto, son incapaces de aprehender la verdad<sup>5</sup>.

Este peligro, el peligro neoconservador, lleva aparejado otro. Y es que el neoconservadurismo cristiano es la vertiente religiosa de un movimiento más amplio, que apuesta decididamente por el sistema capitalista y la democracia liberal, pero considera que, ante la crisis de valores, es preciso apuntalar el sistema recuperando viejas virtudes (laboriosidad, capacidad de sacrificio y ahorro, familia y otras estructuras de pertenencia inmediata, etc.) que sólo pueden ser movilizadas por motivaciones religiosas.

El neoconservadurismo postula una suerte de nueva alianza entre trono y altar: la Iglesia recibe apoyo y espacio social, capacidad de influencia, a cambio de legitimación del sistema mismo, que se beneficia de las virtudes cristianas<sup>6</sup>. Es una tentación muy fuerte. De esta forma recibes de nuevo apoyo y plausibilidad social. Pero este precio sí que sería demasiado grande. Porque, a cambio de ese plato de lentejas, quedarías maniatada para poner en cuestión el sistema como tal. Ciertas formas de organización y acción de algunos grupos cristianos pujantes y que cuentan con el beneplácito oficial van muy en esta línea: entienden que desde una identidad cristiana fuertemente afirmada y delimitada frente a los no cristianos es preciso que los creyentes traten de ganar cotas de influencia social presentándose en el foro público casi como una formación política, es decir, «en bloque», el bloque cristiano. Este último peligro (legitimación a cambio de influencia social) es en España de momento remoto por el lado del poder político mientras gobierne el PSOE. Pero no cabe duda de que, debido a la torpe, indelicada y descimonómica política de nuestros socialistas en cuestiones religiosas, hoy por hoy te sentirías más cómoda con un gobierno de derechas (¡perdón!, de centro-derecha). Y no sólo por cuestiones ideológicas, sino porque posiblemente podrías desenvolver tu labor con menos

2. ¿'Qué significa Europa? ¿Es Portugal, Grecia, Irlanda o sólo Alemania y Francia? La repetición machacona del eslogan europeo, aparte de ser ya fastidioso, empieza a ser sospechoso por causa de contadismo. Europa no es más que la resta per capita contrapuesta, pero olvidada sus virtudes de orden, laboriosidad, educación cívica y eficacia, así como sus crisis pasorosas de sentido existencial.

3. Cf. *Die Moderne auf der Anklagebank* (La modernidad en el banquillo de los acusados), en AA.VV., *Über die Krise*, Stuttgart, 1986, p. 79.

4. Cf. *El Dios crucificado*, Salamanca, Ed. Sígueme, 1977, págs. 17-49.

5. En este tono se expresaba hace no muchos meses un editorial de *Tres días*, órgano de uno de los grupos neoconservadores más combativos y poseídos. La posición de esta revista, magníficamente editada, es precisamente la de la desconfianza sistemática y la cerrazón a todo lo que no sea ortodoxia oportunamente pura. El Vaticano II no está dentro de esa parca. Cada número dedica un artículo coral prácticamente a la cara de alguna bestia.

6. Es evidente que la, en apariencia, inocua política del ex-presidente norteamericano Reagan sobre la obligatoriedad del rezó en las escuelas públicas se enmarca en esta lógica neoconservadora.

zancadillas'. El peligro encerrado en esa comodidad estaría en los servicios que a cambio se te pedirían'.

— *Acomodación a la situación.* Éste es otro peligro perenne que te acecha siempre. En parte está ya indicado en lo dicho antes. Ahora me refiero a otros matices. Acomodarse puede significar resignarse a la marginalidad o venderse al poder. Pero puede significar también entrar en el mercado ideológico, pretendiendo ganar adeptos a base de rebajar tu oferta. Es el peligro de ceder ante los embates del neohedonismo postmoderno, la religión a la carta, la fe acomodaticia, sin exigencia ni crecimiento personal. Es un peligro que se da sobre todo en el nivel de la pastoral inmediata, en el trabajo de campo, especialmente entre los jóvenes. Para atraer clientela se evitan u orillan los aspectos más exigentes y difíciles de la fe y se ofrece una religión de saldo. Es lo que, hace ya algún tiempo, denunciaba el teólogo (y mártir) protestante Dietrich Bonhoeffer, la gracia barata:

La gracia barata es el enemigo mortal de nuestra Iglesia. Hoy combatimos a favor de la gracia cara.

La gracia barata es la gracia considerada como un mercancía que hay que liquidar, es el perdón malbaratado, el consuelo malbaratado, el sacramento malbaratado... Porque se dice que, según la naturaleza misma de la gracia, la factura ha sido pagada de antemano para todos los tiempos. Gracias a que esta factura ya ha sido pagada podemos tenerlo todo gratis... La gracia barata es la predicación del perdón sin arrepentimiento, el bautismo sin disciplina eclesial, la eucaristía sin confesión de los pecados, la absolución sin confesión personal. La gracia barata es la gracia sin seguimiento de Cristo, la gracia sin cruz, la gracia sin Jesucristo vivo y encarnado<sup>7</sup>.

Otros peligros, menores hoy en día, son los que proceden de tus sectores más «progresos». Aquí el peligro es el de dejar desvaída la propia identidad y la pertenencia eclesial a costa de querer acenar la eficacia social y política en convergencia con otros grupos. Este peligro es, digo, menor, porque se trata de un discurso hoy

7. Aunque las derechas son al respecto con frecuencia lobos con piel de cordero. Se dice con fundamentos de verdad que la política municipal de declaración de zonas verdes de su alcalde de Madrid de los tiempos franquistas (may de derechas), Arias Navarro, zero para las congregaciones religiosas en coste superior a lo que supuso la desamortización de Mendivil.

8. Es interesante, al respecto, la línea editorial del ABC en cuestiones religiosas: siempre a favor de la Iglesia, menos cuando algún obispo realiza alguna manifestación crítica con intereses o posiciones afines a su ideario. La religión es vista por esta prensa conservadora como un factor útil de estabilización social.

9. D. BOENHÖFFER: *El precio de la gracia*. Salamanca, Sígueme, 1968, pp. 17-19. Frente a ese abaratamiento de la gracia, Bonhoeffer propone la gracia cara, la que realmente salva al hombre, porque le conduce a su auténtica realidad y le hace conocer: La gracia cara es el amor oculto en el campo por el que el hombre vende todo, lo que tiene; es la plena pérdida por la que el mercader entrega todos los bienes; es el reino de Cristo por el que el hombre se arranca el ojo que le escandaliza; es la llamada de Jesucristo que hace que el discípulo abandone sus redes y le siga. La gracia cara es el evangelio que siempre hemos de buscar, son los dones que hemos de pedir; es la puerta a la que se llama. *Ibid.* pp. 19-20.

en día minoritario, que tiende a ser orillado cada vez más por ti (ese sector de ti que llaman desafortunadamente «la Iglesia oficial»).

## 3.2 Tareas

### 3.2.1. El marco de toda tarea: evangelización y conversión

Todas tus tareas se enmarcan y cobran sentido en una gran y única tarea: la evangelización, la misión de anunciar al mundo una buena noticia: Dios es Padre y está entre nosotros por medio de su propio Hijo; la tarea de dar esperanza, sentido y horizonte a la historia demasiado dolorida de la humanidad.

Esa gran tarea se articula después, lo sabes bien, según circunstancias de tiempo y lugar. Hoy día se está articulando en la llamada «desde luego, no sólo en España— «nueva evangelización». Como es natural, el entusiasmo ante el proyecto varía mucho según las filiaciones de tus hijos, y su contenido se entiende de muy diversa manera según la perspectiva de cada uno. Se trata, en todo caso, de una apuesta muy fuerte, porque parte de la conciencia de un desfase y de la necesidad de eliminar el mensaje de adherencias extrañas, para que tu voz suene renovada y sin interferencias. El peligro está —perdón por la intromisión del apartado anterior— en comprenderla en plan de «reconquisitas» del poder o la influencia perdida, tratar de resucitar un modelo de cristiandad ya periclitado, en el que tú seas la mentora y fuente última de legitimidad de todo. Desde luego, si alguien piensa así debe ser porque no conoce bien el mundo en el que vive. Quiero creer, y me consta por algunos de tus representantes más preclaros, que no es eso lo que está en tu mente, aunque algunos de tus hijos, y no de los menos predilectos, es posible que sí que lo tengan.

Pero tú, como cada uno de los que somos tus miembros, has de mirarte en primer lugar y sobre todo en tu propio fundador, en Jesús de Nazaret. Lo digo sin la ingenuidad de los que piensan que puede acudirse a él sin preconcepciones previas, sin tomas de posición, que condicionan necesariamente el acercamiento. Pues, salvando las intenciones y la buena fe de todos, no puedo permitirme dudar de que eso trata de hacer por igual un miembro de una comunidad popular de base y uno del Opus Dei. Sin embargo, quiero pecar un poco de la ingenuidad de pensar que si unos y otros nos acercáramos a Jesús con la clara y decidida voluntad, no de proyectar sobre él nuestros deseos y nuestras ideas, sino de dejarnos interpelar por él a cuerpo limpio, entonces nuestros deseos y nuestras ideas se transformarían hasta el fondo y quedarían limpias en muy buena medida de sus adherencias espurias.

Al fin y al cabo, ideólogos, deseos y prejuicios tenían Pedro, el pescador galileo, y Juan (o Marcos), el distinguido jerosolimitano, Mateo el colaboracionista y Simón el Zelote, por sobrenombre el Panático. Desde esa diversa materia prima *signata ideologica* —con perdón de los latinistas— se fue imprimiendo en todos ellos una forma nueva, un hombre nuevo, que llegó a ser capaz de dar la vida por los demás, por su fe, por Cristo. En esto convergieron perspectivas tan dispares.

Así pues, sin dejar de espiritualismo desencarnado, pero sin querer condenar tampoco al análisis puramente sociológico, no pierdo la esperanza de que el Evangelio que anuncias será capaz de renovarnos a todos. Ésta es, tal vez, la primera de tus tareas: renovar una espiritualidad auténtica, que nos haga conformes con Cristo, el hombre para los demás desde su afirmada identidad del Hijo; que propona sin imponer, que respete la libertad y autonomía del hombre, pero que tenga la valentía de anunciar la buena noticia denunciando el mal, la hipocresía y las voluntades torcidas.

### 3.2.2. Testimoniar la verdad dando la vida

Nuestra sociedad y nuestro tiempo se debate —un poco como siempre— entre el escepticismo indiferente y el fanatismo fundamentalista. Se piensa que tú, por tener una fe que consideras verdadera, te encuentras necesariamente más cerca del fanatismo. Pero entre el fanatismo que impone verdades cortando cabezas y el indiferentismo que acaba siendo cómplice del mal al encogerse de hombros cabe justamente la actitud de Jesús, que ha de ser la tuya.

Conoces bien la escena: en los capítulos 18 y 19 de San Juan se encuentra Jesús entre un romano escéptico y unos judíos fanáticos. El escéptico Pilato se encoge de hombros y le dice a Jesús «¿Qué es la verdad?» (Jn 18, 38). Y aunque no encuentra en Él ningún delito, cede ante las presiones judías y se lava las manos y lo entrega a la muerte. El escéptico es aquel que por no creer en nada, se vuelve imposible ante el mal, y aun cuando puede evitarlo se lava las manos y se hace, por ello, cómplice de lo que consiente.

Los judíos fanáticos creen firmemente en la verdad, en la suya, y por ella están dispuestos a matar: «Nosotros tenemos una ley y según esa Ley debe morir» (Jn 19, 7). El fanatismo consiste en la creencia en una verdad rígida e intolerante, que no libera, sino que mata.

Jesús no es un escéptico. Cree en la verdad: «He venido al mundo para dar testimonio de la verdad...» (Jn 18, 37). Sin la verdad, sin un atisbo de ella no se puede vivir humanamente. Pero, ¿quién puede decir que la posee absolutamente? Eso cree el fanático. Pero Jesús no es un fanático. En nombre de su verdad no amenaza, ni quita la vida a nadie: da su vida por ella.

Esa es la posición, esa es la gran posibilidad hoy. Frente al escepticismo culpable de unos, que se encogen de hombros ante la muerte de tantos y de alguna forma se hacen cómplices; y frente al fanatismo de otros, que en nombre de no sé qué oscuras ideales quitan la vida de sus semejantes sin ningún escrúpulo, cabe la búsqueda sincera de la verdad, y la disposición al servicio, y, en definitiva, la verdad irrefutable del que da la vida por sus hermanos. Ésta es tu tarea.

Dar la vida por los demás significa preocuparte por los más pobres, por los desheredados, por los sin voz. A pesar de la democracia, el pluralismo y la «economía social de mercado», nuestra sociedad española sigue teniendo demasiadas lacras. Muchos no tienen en ella voz y quedan al margen del camino, como aquellos ciegos que, sentados al borde del camino —al margen de los que marchan—, gritaban «¡Jesús, hijo de David, ten compasión de nosotros!» (Mt 20,30). Cuenta el relato

que la gente les increpaba para que se callaran. Esos gritos marginales son muy molestos y crean mala conciencia. Uno puede hacer oídos sordos o quejarse de lo molestos que son. Pero los marginales gritan más fuerte. Jesús se detuvo, dice Mateo, los llamó y les preguntó qué querían. Ése es tu modelo.

Los sin voz que gritan sin ser oídos desde el margen del camino son, en primer lugar, los no-natos. Tu defensa de la vida es muy impopular, muy poco «progre», pero es inexcusable. La historia te lo agradecerá en el futuro. Porque el aborto como bandera ideológica y argumento de «progresismo» es un mal síntoma sobre nuestra disposición al sacrificio por el otro, por el más débil, por una libertad no caprichosa, sino responsable de los propios actos, y solidaria con los demás (y ya es trágico tener que pedir que una madre sea solidaria con su hijo). En este problema se manifiesta una clínica voluntad de poder junto a la sensiblería beatorra que sólo se entenece ante el rostro visto, pero es indiferente al sufrimiento escondido. También en esto domina tínicamente el *marketing* apariencial nuestras conciencias. Y haces bien en dar la vara molestamente en este punto.

Pero el mismo celo has de poner, para no pecar de incoherente, con los minusválidos que luchan casi solos, con poca atención de tu parte (he compartido años gozosos de luchas en la PRATER). Y con los «espaldas mojadas», víctimas del Estrecho y no sólo el de Gibraltar, sino sobre todo el del egoísmo mal llamado comunitario, que se alegra de la caída de un muro de piedra mientras erige otro de leyes, para que ningún Lázaro molesto venga a alimentarse de las migas que caen del Equilón europeo. Y con los bolsones de pobreza que se extiende por nuestro país mientras se montan trenes de alta velocidad para los *yuppies* que se quieren presentar como el rostro de la nueva España. Y con un largo etc., que no voy a transcribir aquí, por no hacer sociologismo barato y porque se me acaba el espacio que me han asignado.

A esto se llama amar a Dios en el hermano, trabajar por la revolución pendiente, la de la Fraternidad, practicar la misericordia, esto es, amar con el corazón.

### 3.2.3. Amar al Señor con toda tu mente

Pero también hay que amar con la cabeza. En la crisis que padecemos, el desierto cultural es uno de sus síntomas. También es parte de tu tarea trabajar en el mundo de la cultura y no descuidar el pensamiento.

De esto tienes una rica experiencia pasada que debes recuperar. La Iglesia en el Medioevo salvó la cultura clásica de la barbarización que siguió a la caída del Imperio Romano. Fue la gran obra civilizadora de los monasterios. Una nueva barbarie nos invade hoy incruentamente. Un botón de muestra son los nuevos planes de estudio que penalizan las humanidades y bonifican todo lo tecnológico. Esto último es fuente de progreso material y buena vida pero olvida la profundidad del espíritu humano y decapita la capacidad crítica.

Puedes tener ahí, si eres lo suficientemente viva, una gran tarea: ser el ámbito en el que las humanidades (empezando por la filosofía) puedan mantener el tipo y salvarse para las generaciones futuras. Sólo desde una posición constructiva, pro-

positiva y dialogante podrán escucharse de forma más receptiva tus críticas a los males morales, que a veces suenan en exceso negativos y moralizantes.

### 2.3.4. Tu posición social y política

¿Cómo, finalmente, situarte en esta sociedad pluralista y secularizada? Tu forma de estar ante la cultura dominante presenta de manera genérica tres alternativas: 1) resignarte a la condición de *ghetto tolerado*, y cultivar *ad intra* una cultura (un pensamiento y unos modos de acción) para tu particular uso y consumo; 2) plantear una estrategia de choque, rechazando en su conjunto una cultura que te rechaza y margina y tratando de formar un bloque (y/o un partido) integrado por los cristianos y que trate de conquistar el poder para evangelizar así la cultura; 3) tratar de dialogar críticamente con esta cultura, rescatando de ella sus valores positivos, criticando sus fallas (teóricas y prácticas) y sembrando en ella modelos de pensamiento y acción inspirados en el evangelio que la hagan libremente receptiva para el mensaje de la fe.

Ya la presentación, algo tendenciosilla, indica de qué lado me inclino. Si el cristiano está en el mundo (cf Jn 17,11) y ha de dirigirse a los que en él habitan (cf Mt 28,19), no puede cerrarse y vivir de espaldas a uno y otros, por más que pueda considerar que «no pertenece al mundo» (cf Jn 17,14). En realidad, lo sabes bien, perteneces al mundo (a su cultura, lengua y mentalidad), aunque trates de preservarte del mal que encuentras en él («no te pido que los retires del mundo, sino que los guardes del Maligno», Jn 17,15), pues eres consciente —esas últimas palabras de Cristo lo revelan— de que no eres inmune al mal («casta meretriz» te llamaban los Santos Padres). Debes, pues, escrutar la cultura en la que vives y dialogar con ella, para poder hacer comprensible el mensaje que portas y que has experimentado como liberador. Ya en la primitiva Iglesia triunfó la tendencia dialogante con la cultura frente a los que propugnaban, como Tertuliano, el rechazo frontal, en virtud de una supuesta incompatibilidad fe-cultura pagana.

La actitud respecto del mundo te la ofrece el mismo Cristo, que «no retrovo ávidamente ser igual a Dios. Sino que se despojó de sí mismo... haciéndose semejante a los hombres» (Flp 2,6-7), «exactamente igual a los hombres en todo, excepto en el pecado» (Hb 4,15). La presencia de Jesús en nuestro mundo no es además una presencia sobre todo amenazadora y condenatoria, sino de llamada, amor y misericordia: «Tanto amó Dios al mundo, que le entregó a su propio Hijo» (Jn 3,16); «Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por él» (Jn 3,17).

Los signos de la crisis, incluso los más fuertemente opuestos al mensaje cristiano, has de verlos como síntomas de una humanidad doliente en la que puede prender el mensaje evangélico. Es absurdo y hasta anticristiano dedicarse a lamentar las glorias perdidas y la falta de protagonismo social. Mounier, un cristiano radical en la fe y en el compromiso social te (nos) lo recuerda con su característica clarividencia: «Debe tener en cuenta que, cada vez que él (el cristiano) cede la partida, el mundo trabajaba en su puesto. Muchas veces mal, y muchas veces bien. Que renuncie a sus malos humores de campeón distanciado, que en vez de oponer a lo que

surge lo que los grandes antepasados han hecho, esté presente en lo que nace como lo han estado los grandes antepasados. Que deje de poner mala cara a lo que no lleva su estampilla, que sepa reconocer y amar en ello la verdad que no se preocupa en absoluto de propiedades privadas<sup>10</sup>».

Junto a esa actitud de amor y misericordia, es importante la voluntad de «liberar verdades», tomada otra vez de Mounier. Toda posición encierra siempre algo de verdad, siquiera sea como síntoma de una enfermedad. Se trata de una «verdad prisionera», en la que reside precisamente su atractivo, su capacidad de atraerse las voluntades. Por ello, no valen los rechazos globales y unilaterales, como si la verdad estuviera domiciliada en una sola posición. No se puede ni se debe cortar el trigo junto con la cizaña. Por ello, esa verdad prisionera ha de ser reconocida para ser liberada<sup>11</sup>. La actitud de apertura y diálogo no es una asunción acrítica de toda postura, pues la liberación de la verdad que encierra impone una trabajosa labor de discernimiento y también de denuncia.

Sólo desde esa actitud abierta pero no ecléctica es posible el anuncio de la buena noticia. Los cristianos nos sabemos depositarios de un mensaje que nos rebasa y que nunca realizamos completamente. La crítica evangélica al mundo pecador no puede no ser, en primer lugar, una instancia autocrítica. Citemos de nuevo a Mounier que, antes que preguntarse por la hostilidad al cristianismo de ciertas posturas ideológicas, pregunta a los cristianos —se pregunta a sí mismo— por qué somos tan poco cristianos y por qué estamos tan prontos a acomodar nuestra fe en alianzas que la desvirtúan y la hacen poco creíble. Buena parte del desprestigio del cristianismo se debe al poco testimonio de los creyentes, a la deforme presentación que hacemos de nuestras convicciones más profundas, de las fáciles alianzas a que nos aventamos sin mala conciencia<sup>12</sup>.

Finalmente, es capital que tu mirada al mundo que te rodea parta de la convicción de que antes que el pecado original, es verdad que «vió Dios que todo lo que había hecho era muy bueno» (Gn 1,31). Y que esa bondad no queda anulada ni corrompida, aunque sí desvaída y velada, por el pecado. En este sentido, has de convencerte de que no todo lo que de bueno hay en el mundo procede de ti y de que hay valores que han sido descubiertos y propuestos fuera de ti (al margen de que, probablemente, muchos de ellos difícilmente hubieran visto la luz de no haber existido históricamente el cristianismo). Has de estar abierta a los «tesoros exteriores», en el espíritu al que con toda claridad nos exhorta Pablo: «Por lo demás, hermanos, todo cuanto hay de verdadero, de noble, de justo, de puro, de amable, todo cuanto sea virtud y cosa digna de elogio, todo eso tenedlo en cuenta» (Flp. 4,8).

Así podrás aprender de los postmodernos, sin ceder a su nihilismo, que la fe ha de ser un ámbito de vida, antes que una ortodoxia oficial (que también es necesaria) y que junto al logos, al que no has de renunciar, existen otros ámbitos de experiencia que han de ser también cultivados. De los neoconservadores habrás de recoger

10 E. MOUNIER, *Revolución personalista y consociativa*. Obras Completas I, ed. Sigüeme, Salamanca, 1992. (En prensa.)

11 Cf. A. RUIZ, Prólogo al tomo IV de las *Obras Completas de Mounier*, ed. Sigüeme, Salamanca, 1988, p. 10.

12 Cf. Prólogo a E. MOUNIER *Obras completas I*, Salamanca, Sigüeme (en prensa).

el acento de la identidad y la voluntad de presencia pública, pero sin ceder a la tentación del «bloque cristiano» ni al ansia de poder, sabiendo que tu opción no puede imponerse desde él, sino que ha de ser libremente propuesta y acogida desde una opción personalizada. De los cristianos de izquierda, la pasión por la justicia social, acogiendo en tu seno a esos hijos algo díscolos pero real y sinceramente comprometidos con la causa de los más pobres.

¿Qué forma de presencia es ésta, que no sólo reconoce y acepta el pluralismo social, sino también el que realmente existe en tu seno? Los cristianos hemos de actuar en comunidad, no en bloque, que es muy distinto. También en la comunidad eclesial existen muy diversas sensibilidades y posiciones ideológicas (una fe, una comunidad, un cuerpo, pero muchos miembros y también muchos «territorios» ideológicos). Una fe madura exige asumir esa realidad, respetarla, discernirla y, cuando existan conflictos, vivirla evangélicamente, extrayendo de una dialéctica de perspectivas vivida desde la caridad (nuestro signo distintivo) el bien mayor de una comunidad articulada y plural. Pero, para el significado algo más preciso de esta propuesta, remito a otro lugar, en el que fue ya expuesta<sup>13</sup>. En la acción social y política concreta es una ilusión pretender unir a todos los cristianos, a todos los católicos. Salvados ciertos extremos, caben diversas orientaciones políticas que pretenden inspirarse en el evangelio. Los cristianos tenemos que ser generosos entre nosotros y reconocer la buena voluntad de los que optan de otra manera. Actuar «en comunidad» significa que, unidos a los demás cristianos en comunión de fe, incluso trabajando con ellos para definir esa sabiduría cristiana política que debe sernos común, y para limpiar de componendas nuestro corazón, no por eso dejaremos de estar separados en su política por motivos de elección personal<sup>14</sup>.

---

**José María Vegas.**

**Sacerdote y Filósofo del Instituto Emmanuel Mounier**

13 Entre la izquierda y la derecha, en *Vida Religiosa Boletín Informativo*, vol. 85, n.º 14 (1 diciembre 1988), págs. 424-428.

14 Cf. E. Mounier, *Personifismo y cristianismo en Obras completas I*. Mounier encarna muy bien el difícil equilibrio dialéctico entre identidad y relevancia, que Moltmann, como se ha indicado, presta de relieve en *El día crucificado*.